

Una brújula para orientar el talento

Discurso para el acto de graduación de la promoción 2019 de la Universidad San Jorge

Zaragoza, 10 de mayo 2019.

No construiremos un mundo más justo con ciudadanos mediocres.

Adela Cortina.

En el año 2014 la Nasa informó que había descubierto un océano de agua líquida bajo la corteza helada del satélite Encélado de Saturno. Este descubrimiento fue posible gracias a la nave espacial Cassini, que llevaba orbitando Saturno desde el 2004 y se desintegró en el 2017. ¡Presencia de agua líquida representa una promesa de vida a 1.272 miles de millones de kilómetros de nuestro planeta Tierra!

Al leer estas noticias, tenemos la sensación de que la ciencia ficción cada vez es menos ficción, cada día está más cerca de ser realidad. Y es que los avances científicos y tecnológicos desbordan una y otra vez nuestra imaginación. Nuestra sociedad ha dado saltos de gigante en las últimas décadas. El desarrollo científico y tecnológico nos ha permitido controlar y desterrar enfermedades, multiplicar las comunicaciones, innovar los sistemas de producción, mejorar el acceso a la educación por parte de amplios sectores de la población...

Pongamos por ejemplo algunos datos de la OMS relativos a la mejora de la salud:

- El número mundial de muertes de menores de 5 años se ha reducido de 12,7 millones en 1990 a 6,3 millones en 2013.
- En los países en desarrollo, el porcentaje de menores de 5 años con bajo peso se ha reducido del 28% en 1990 al 17% en 2013.
- Las nuevas infecciones por el VIH se han reducido en el mundo un 38% entre 2001 y 2013.

Además, según datos del Banco Mundial, el aumento del promedio de esperanza de vida ha pasado de los 52 años en la década de los sesenta a 72 años en la actualidad.

Todo esto ha sido posible gracias a los avances científicos y tecnológicos de los que podemos sentirnos bien orgullosos.

Y sin embargo...

A pesar de todo este avance increíble no hemos sido capaces de resolver gravísimos problemas que nos afectan como humanidad desde tiempo inmemorial: la guerra, la violencia, la destrucción de la naturaleza, el hambre, la miseria, la explotación, la profunda desigualdad...

Nuevas y no tan nuevas amenazas se ciernen sobre nuestras sociedades sin que parezcamos preparados para hacerles frente y vencerlas: el cambio climático, la crisis financiera, el desplazamiento del poder en las democracias, el renacer de los totalitarismos...

Según un estudio de Oxfam Intermón (2016):

- Un 1% de la población mundial posee más riqueza que el resto de las personas.
- Se incrementa la brecha salarial entre las personas trabajadoras con mayor y menor retribución.
- La mayor parte de las personas trabajadoras peor asalariadas en el mundo son mujeres.
- La población más adinerada ha incrementado su riqueza, mientras la población más pobre ha sufrido justo lo contrario.
- La presencia de paraísos fiscales permite a las grandes multinacionales y personas más ricas eludir el pago de los impuestos correspondientes.

Frente a esta dicotomía: un mundo tremendamente avanzado y al mismo tiempo tremendamente injusto y desigual, **¿cuál debe ser la finalidad de la educación?**

¿Mejorar la competencia y el currículum individual para subirnos al progreso? ¿O fomentar los valores de justicia, igualdad, fraternidad, para poder superar los graves problemas que no supimos resolver en épocas pasadas?

Si nos enfocamos a la "Cara A" del avance científico y tecnológico, nos va a preocupar **el desarrollo del talento individual**, a fin de que no quedar marginados del tren de progreso: En permanente proceso de innovación, sentimos que debemos orientar la formación a un mundo acelerado, cultivar las competencias básicas y las inteligencias múltiples, el aprender a aprender, la creatividad, la imaginación, el pensamiento

divergente, la flexibilidad intelectual, la capacidad para adaptarse, para reinventarse... ¿dónde hay que firmar? ¿quién quiere quedar fuera de juego, sin que su mente esté abierta a los cambios vertiginosos de la sociedad?

Muchas voces claman por provocar cambios profundos en la educación y enterrar las rigideces y estrechez de miras de nuestro anticuado sistema educativo, alentador de la mediocridad, uniformador e inadaptado al siglo XXI.

Son voces que se alzan desde dentro el mismo sistema, y también, frecuentemente, desde la *periferia*: empresas, sindicatos, pensadores, científicos... denunciando la inadaptación al mercado de trabajo y la falta de competitividad que sufrirán las jóvenes generaciones como consecuencia de una formación escasa y obsoleta.

Sin embargo, la competencia personal, la iniciativa, la autonomía... se pueden orientar en cualquier dirección, la cuestión es hacia dónde. Porque todas estas habilidades pueden ser puestas eficazmente al servicio del exclusivo beneficio personal o al servicio del crecimiento económico puro y duro: un modelo de desarrollo que, si bien ha generado riqueza, no ha sabido distribuirla, y se ha mostrado incapaz de superar los problemas básicos que atenazan a la humanidad: miseria, hambre, destrucción de los recursos naturales, violencia, explotación, abuso, corrupción, soledad...

Por ello, los discursos seductores del talento y la innovación a veces parecen sin orientación, sin brújula que los llenen de sentido, que los trasciendan un poco. Talento, ¡claro que sí! Pero... ¿para llegar a dónde? ¿Debemos innovar en la formación sólo para conseguir ciudadanos más competitivos en el mercado de trabajo?

Frecuentemente las reflexiones sobre el cambio que necesita la educación se quedan en la mitad del problema, porque fijan la atención en la obsolescencia de la maquinaria... (métodos, instrumentos, procedimientos) y no iluminan el *para qué* debería servir. Necesitamos faros que iluminen el camino, brújulas que orienten el talento.

Si nos enfocamos, en cambio, a la "Cara B", la de las desigualdades e injusticias, nuestra prioridad será **educar la conciencia social, la ayuda mutua, el altruismo, el compromiso** para cambiar el mundo.

En realidad, no podríamos percibir como deseable una sociedad en la cual sus miembros sólo estuvieran dispuestos a competir y nunca a cooperar o a ayudar al más débil. Nos parecería no sólo una sociedad "bestializada", deshumanizada, sino incluso inviable.

Nada nos hace pensar, en un mundo globalizado, que es posible la supervivencia de la especie humana sin un fuerte componente de altruismo.

La estricta ética de la justicia no nos lleva directamente a una sociedad más acogedora. Ésta se vincula a la *ética del cuidado*, que entiende el mundo como una red de relaciones de responsabilidad, de encuentros interpersonales, en la que todos debemos procurar el mayor bien para todos, atendiendo a las diferencias - lo que es justo para unos, tal vez no lo es para otros- y pasando a la acción.

Como dice el teólogo y filósofo Leonardo Boff, *el ser humano es fundamentalmente un ser de cuidado más que un ser de razón o de voluntad (...). Las humanas y los humanos ponen y han de poner cuidado en todo: cuidado por la vida, por el cuerpo, por el espíritu, por la naturaleza, por la salud, por la persona amada, por el que sufre y por la casa. Sin el cuidado la vida perece*¹.

El valor de la fraternidad es el motor de la ética del cuidado. Pero la fraternidad no es un valor muy de moda. La potente antinomia libertad versus igualdad hace que la fraternidad pase desapercibida como valor a defender o a cultivar.

La fraternidad parece no tener capacidad movilizadora, a diferencia de sus hermanas republicanas, la libertad y la igualdad.

La ética del cuidado y el valor de la fraternidad nos mueven a ser generosos, no sólo justos, en la convicción de que *el otro* es también mi hermano, por tanto, me intereso por él, sus problemas son también mis problemas y el hecho de que pueda superarlos es también una ayuda para mí mismo.

Sin embargo, si orientamos la educación sólo hacia el compromiso social sin tener en cuenta las habilidades, la competencia o el talento, podemos formar personas incapaces de crear condiciones de vida mejores para todos.

No construiremos un mundo más justo con ciudadanos mediocres, dice la filósofa Adela Cortina.

Y es que sólo con buenas intenciones no se cambia el mundo. Hay que aprender un montón de conocimientos y habilidades para provocar cualquier pequeña mejora en el entorno.

¹ Boff; L. *Ética planetaria desde el Gran Sur*. Editorial Trotta, Madrid, 2001.

Por tanto, la dicotomía debe poder resolverse: hay que poner el talento al servicio de valores como la justicia, igualdad, fraternidad, a fin de superar los graves problemas que no supimos resolver en épocas pasadas.

Parfraseando a Adela Cortina, **la finalidad de la educación debe ser formar ciudadanos y ciudadanas competentes capaces de transformar el mundo.**

No hay que escoger entre éxito académico y compromiso social, porque no son, ni deben ser, antinomias irreconciliables. Hay que sumar ambos aspectos.

Rompamos esquemas, desmontemos dicotomías, pongamos una brújula a nuestro talento y orientémoslo hacia el bien común. Por nosotros y por las generaciones futuras.

Me gustaría acabar con un mensaje dirigido a los alumnos de los grados en educación infantil y educación primaria.

Os quiero felicitar por haber sido los primeros del proyecto formativo del área en educación. Y también animaros a que, en vuestro ejercicio profesional, tengáis una mirada transformadora de la educación, asumiendo que ya formáis parte de los agentes que contribuyen a construir la escuela la sociedad más justa que todos merecemos.

Muchas gracias.

Roser Batlle